

Capítulo VI.

Donde se vé cómo Anton Perez se aprovecha de la desesperacion de Catalina.

Anton Perez comprendió desde luego que Catalina se dirigia á Badajoz, y en una de las mulas del tío Picospardos fué en busca de la jóven esposa.

No tuvo que andar mucho para encontrarla.

Despues de haber caminado Catalina toda la noche, llevando en sus brazos á su hijo, á cosa de las cuatro de la mañana llegó á una venta que estaba en despoblado, y sentándose á su puerta permaneció allí aguardando á que amaneciese para pedir auxilio.

El frio de la noche agravó la dolencia de su hijo.

La fiebre le atacó de nuevo con más intensidad, y entonces fué cuando Catalina, comprendiendo la violenta resolucion que habia tomado, deshaciéndose en llanto:

—He asesinado á mi hijo,—exclamó.—Dios no me lo pida en cuenta,

Por la mañana, apenas abrió la ventera la puerta del meson, sacando fuerzas de flaqueza; y pensando sólo en el estado de su hijo, le declaró á la buena mujer lo que habia hecho, y le pidió socorro, asegurándole que desde allí mandaria llamar á don Martin Cortés, padre de su marido, el cual, al saber su triste situacion, acudiria á ampararla.

La ventera se condolió de la suerte de aquella pobre madre, y le ofreció en uno de los cuartos de la venta un jergon para que descansase su hijo.

No habia pasado media hora desde que la ventera tomó esta resolucion, cuando oyó á lo lejos las pisadas de una caballería, y se asomó á la puerta para ver quién se acercaba.

Era Anton Perez.

—Buena mujer,—le dijo,—¿habeis visto pasar por aquí á una jóven con un niño?

—¿Por ventura la anda buscando su merced?

—Sí por cierto.

—Pues apéese de la mula, que ya ha dado con ella.

—¡Dios sea loado!—exclamó Anton Perez.

—¿Es clérigo su merced?

—Para lo que gustéis mandar.

—Apuesto cualquiera cosa á que os envia don Martin Cortés.

—No os habeis equivocado.

—Hace poco que al abrir las puertas encontré á

esa dama con su hijo; y asustada de lo que habia hecho, me lo conto, pidiéndome que la socorriera; aunque me aseguró que no traia consigo ni una blanca, la he hospedado, porque á cristianos no nos gana nadie en el pueblo á mi y á mi marido.

—Habeis hecho bien.

—No me ha dicho la causa de su viaje; pero me la figuro.

Habrà tenido alguna riña con sus suegros, y como el diablo quiere que siempre nueras y suegros, suegros y yernos, anden á la greña, ella se habrà acalorado y...

—Eso es,—dijo Anton Perez;— pero llevadme cuanto antes á su presencia, porque estoy seguro de que al verme se alegrará.

La ventera llamó á su marido, el cual, tomando del ramal á la mula, la condujo á la cuadra, en tanto que la posadera guió á Anton Perez á la habitacion en donde estaba Catalina.

—Aqui la teneis,—dijo al entrar.

Catalina levantó los ojos, y reconociendo á Anton Perez volvió á bajarlos.

El paje del arzobispo de Búrgos hizo una seña á la ventera para que le dejara solo con la viajera.

La ventera se fué.

Hubo una breve pausa, al cabo de la cual:

—¿Qué habeis hecho, Catalina?—exclamó Anton Perez.

—No me lo preguntéis.

—Ignoro los motivos que os han impulsado á tomar una resolucion tan desesperada.

He sabido vuestra desesperacion, é inmediatamente he comprendido que podia prestaros algun servicio, y he venido en vuestra busca.

Sed leal conmigo.

Confíadme vnestras penas ya sabeis que me interesa vuestra suerte.

—He cometido una locura, lo comprendo tarde; y la llamo locura, porque he arriesgado la vida de mi hijo.

Miradle; tomad su pulso, y vereis que la fiebre le devora.

¡Ah! ¡Qué horrible es la pobreza!

—¿Os llamais pobre, siendo la esposa de un hombre cuya fortuna será envidiada por los más altos personajes?—dijo Anton Perez, fingiendo extrañeza.

—¿Y qué me importa su fortuna, si será tardía para mí?

—¿Qué decís?

—Mi hijo se muere.

—No desesperéis.

—¡Ah! Sí; una madre no se equivoca nunca, y yo veo en el rostro de mi hijo la sombra de la muerte.

¡Ah! ¿Qué vá á ser de mí si le pierdo?

—Tranquilizaos; Dios se apiadará de vuestras lágrimas, y si en sus altos designios hubiese decretado vuestra separacion eterna, la religion os manda que os resignéis.

—Una madre no se resigna nunca cuando pierde á su hijo.

—Vamos, Catalina,—repuso el paje,—calmaos y hablad con sinceridad. ¿Por qué motivos habeis abandonado la casa de vuestros padres?

—Porque un criado, un grosero criado, se ha atrevido á echarme en cara que les era gravosa.

—¿Y por hablardillas de un criado tomásteis una resolucion tan violenta?

—Me he quejado al padre de mi esposo, y por toda reparacion he oido la defensa del miserable que se ha atrevido á ultrajar á la esposa de Hernan Cortés, y mi condenacion.

—¿Y no habeis comprendido,—prosiguió Anton Perez, procurando dar á su voz toda la dulzura de que era susceptible;—no habeis comprendido queden Martin Cortés estima en mucho á su criado Meliton?

—Le he comprendido, y por eso he abandonado la casa.

—¿Y qué vais hacer ahora?

—Cuidar á mi hijo hasta que exhale el último suspiro, y despues morir.

—¿Y vuestro esposo? ¿Y vuestro deber?

—¡Ah! ¡Callad, callad!

—La desesperacion es mala consejera. Creedme, Catalina. Dirigid vuestras miradas al cielo para que derrame en vuestro corazon el dulcísimo bálsamo de la esperanza.

Yo bien conozco que despues del paso que habeis dado es imposible retroceder.

No debeis volver á la casa de los padres de vuestro esposo; pero tampoco podeis permanecer aquí; vuestro hijo necesita auxilios.

—Imploraré la caridad.

—En ese caso, mi mision es ejercerla.

Permitidme, ya que sois tan humilde y resignada que aceptais la limosna, que yo, de mis escasos ahorros, os proporcione los medios de salir de esta apurada situacion.

—De ningun modo.

—¿Os negais á aceptar de mis manos lo que aceptaríais de las de un desconocido?

—No sé lo que he dicho antes.

Repito que prefiero la muerte.

—Pues bien,—dijo Anton Perez;—os hablaré con sinceridad.

Yo soy paje de un ilustre varon, de un prelado cuyas virtudes son inagotables.

No hay uno sólo de sus familiares que no reciba de sus manos cuantiosas cantidades antes de ponerse en camino.

—»Los hombres que viajan,—dice su eminencia,—van en busca de la desgracia, le encuentran á su paso. Cuando estos hombres están llamados á ser ministros de Dios en la tierra, cuando lo son, su deber es amparar la desgracia.»

Y como sabe que nosotros no tenemos recursos, pone á nuestra disposicion su bolsa; pero con el encargo de amparar toda clase de desventuras.

—Hé aquí por que razon, no ya en mi nombre,

sino en el de su eminencia el arzobispo de Búrgos, os ofrezco esos recursos.

Y aun haré más.

No os los daré como limosna, porque sois la esposa de un hombre que podrá pagar con creces este beneficio que hoy os puedo dispensar.

El os servirá para que podais llegar á reuniros en un dia feliz con vuestro esposo.

Entonces podriais pagar esa deuda.

—Sólo de esa manera lo aceptaria,—dijo Catalina, comprendiendo que sin recursos no podria hacer nada por su hijo.

—En ese caso, resolved algo acerca de lo que creais que debéis hacer.

—¿Cómo poder pensar en mi triste situacion?

—Yo os ayudaré. Vuestro esposo sirve al rey; en Sevilla está el consejo de Indias, y por mi parte creo que si presentais allí una solicitud pidiendo recursos para vivir hasta que os los envíe vuestro esposo, os los concederán, tanto más, cuanto que el arzobispo de Búrgos, mi señor, es presidente de ese consejo.

Yo le hablaré, y en Sevilla, en una modesta casa podeis aguardar el regreso de vuestro marido, que será un verdadero triunfo para él.

Catalina no pudo contestar á aquella proposicion.

Su hijo lanzó un grito de pronto.

—¡Dios mio!—exclamó la madre.—¿Qué esto?

El niño pugnaba por sacar los brazos de la manta que le cubria.

Su mirada era vaga, indecisa.

Todo indicaba en él que era presa de un accidente, de uno de esos accidentes que atacan á los niños, destruyendo por un instante su naturaleza.

—¡Mi hijo se muere!—gritó Catalina.

A sus gritos acudió la ventera, y lo primero que hizo fué poner al niño unos Santos Evangelios.

—¿Que hacer para salvarle?—dijo la infeliz madre.

Anton Perez miró al niño detenidamente, y procurando apartar á Catalina del lecho en donde yacia:

—¿Qué podeis hacer?—exclamó.—Elevar los ojos al cielo, pedir á Dios resignacion, pensar en vuestro esposo, y llorar á vuestro hijo, porque ha muerto.

Un grito horrible salió de los labios de Catalina.

Por más que se opuso Anton Perez para que se acercarse á la cama, pudo coger una de las manos de su hijo, y al sentirla helada cayó como herida por un rayo.

Cuando volvió en sí se halló en otra habitacion, en un lecho, que era el de los venteros.

Estos se lo habian cedido mediante la promesa que habia hecho Anton Perez de pagarles con largueza los servicios que prestasen á aquella desgraciada.

—¿Y mi hijo?—preguntó Catalina.

—Vuestro hijo está en el cielo. Sus restos han sido embiados por mí á los padres de vuestro esposo para que le den sepultura en sagrado.

Catalina pasó más de diez dias en peligro.

Anton Perez hizo que desde una ciudad inmediata acudiera un médico, y gracias á los auxilios que

prestaron unos y otros á la enferma, se levantó y pudo entrar en la convalecencia.

Habló con Anton Perez, y convinieron en ponerse en camino para Sevilla.

Pero aun tuvieron que esperar algunos dias.

Catalina habia sufrido mucho, sufría, y sus penas impedían su pronto restablecimiento físico.

Capítulo VII.

Una indiscrecion y una intriga.

Catalina ocultaba á su protector la desesperacion que se habia apoderado de su alma, porque comprendia que le debia inmensa gratitud; pero no por eso, al verse tan abandonada de su esposo, de todo el mundo, dejaba de desear la muerte.

Anton Perez, que iba poco á poco desarrollando su plan, se esforzaba en hacer creer á Catalina que Hernan Cortés la adoraba con delirio; y que si se habia separado de ella, habia sido por no poder llevarla á la guerra; y que si habia arriesgado su vida en los combates, era por adquirir honra y provecho para hacer su felicidad.

Gracias á estas conversaciones, pudo comprender que Catalina amaba con toda su alma á su esposo, y